

CINE

REED-MEXICO INSURGENTE

Por MARISOL TRUJILLO

Filme mexicano—cinemascope—16
1—2 horas y 4 minutos Dirección:
Paul Leduc Guión: Paul Leduc y Juan
Reed, basado en la novela homóni-
ma de John Reed. Fotografía: Alexis
Vas. Intérpretes: Claudio Obregón,
José Castañón, Eraclio Cepeda, Er-
to Gómez Cruz, Eduardo López

En diciembre de 1972 este fil-
me recibía en París el Premio
Sadoul a la mejor produc-
ción cinematográfica extranjera
del año. Unos meses antes, su es-
treno en Ciudad México, había ga-
nado la atención de los medios ci-
nematográficos nacionales. El éxito
del filme resultaba indiscuti-
ble, al mismo tiempo, sorpresi-

va. Paul Leduc, nacido en la capi-
tal azteca en 1942, insertado den-
tro del llamado cine independien-
te mexicano, realizaba con Reed
su primer largometraje. Pero el filme no es
sino la ejecución exitosa de un
proyecto cinematográfico,
la consumación de un gesto

de creación que dentro del con-
texto de la cinematografía mexi-
cana adquiere una dimensión de
otro orden. En este sentido es ne-
cesario precisar que su significa-
ción comienza por ese empeño de
romper decididamente con los pa-
trones del cine comercial que ab-
sorben la mayor parte de la pro-
ducción actual de ese país. Des-
pués, está la intención evidente
de plantearse un tema nacional
con una seriedad y dignidad nada
frecuentes. Recordemos que tan-
to por el cine norteamericano
—Viva Villa (1934) de Jack Con-
way, Viva Zapata (1952) de Elia
Kazan—como por el propio cine
mexicano—Vámonos con Pancho
Villa (1936) de Fernando de Fuen-
tes, La Cucaracha (1960) de Mi-
guel Zacarías—, la Revolución
Mexicana ha sido una historia
abordada con gran insuficiencia;
una historia que ha recibido el
destierro de la imprecisión y la
teriversación, el paternalismo, el
folklorismo y la más humillante
ridiculez.

De esta forma, el filme de Paul
Leduc sin aspirar al ensayo po-
lítico, ni siquiera a la lección de
historia, sitúa en un justo y res-
petuoso lugar el tema de la pri-
mera —en el siglo— revolución
antimperialista y anticolonialista,
fiel continuadora de las gestas in-
dependentistas en América Lati-
na. Las causas de su fracaso se
asoman en el filme como rostros
dismiles a un espejo: atomización
de la fuerza revolucionaria, divi-
sión interna, ausencia de una van-
guardia política organizada como
apoyatura para la acción entre los
líderes y las masas, la existencia
de programas por la reivindica-
ción y la conquista de intereses
populares sin la correspondiente
fundamentación en una sólida teo-
ría revolucionaria. El hilo conduc-
tor de todos estos hechos es la
presencia de John Reed. Todo
cuanto acontece está regido, ma-
tizado, por la mirada, al principio,
imparcial y contemplativa, del jo-
ven periodista norteamericano. De
ahí el estilo del filme que recons-
truye desde la ficción, pero con la
atmósfera del documental, estos
episodios. La filmación se hizo en
16 mm. en blanco y negro y las



nar de pronto, espontáneamente,
sin ponerse de acuerdo y sin que
nadie les diese la señal, un himno
religioso... Yo veía aquellas ma-
nos levantadas y la llama que ar-
día en los ojos de los hombres, de
las mujeres, de los adolescentes,
de los obreros, de los soldados,
de los mujiks... Las manos in-
contables seguían en alto. La mul-
titud asentía. La multitud juraba.
... Y eso mismo ocurría en to-
do Petrogrado. Por todas partes
se llevaban a cabo los últimos pre-
parativos; en todas partes se ha-
cían los mismos juramentos. Mil-
lares, decenas de millares, cente-
nas de millares de hombres. Aque-

lla era ya la insurrección".

Así describirían los ojos, ahora
militantes de John Reed, el perio-
dista norteamericano que corrió
junto a las tropas del general Ur-
bina cuando la invasión de "los
colorados" a La Cadena; el testi-
go de la Revolución de Octubre en
Diez Días que estremecieron al
mundo; el fundador del Partido
Comunista Norteamericano, el
amigo de Lenin; el intelectual,
revolucionario, al que siete años
más tarde, durante sus funerales,
se le rendían honores en el pri-
mer Estado obrero del mundo y
sus restos serían enterrados junto
a las Murallas del Kremlin.

te mexicano, realizaba con Reed-México Insurgente su primer largometraje. Pero el filme no es sólo la ejecución exitosa de un primer proyecto cinematográfico, sino la consumación de un gesto

alexandrina ha sido una historia aborrida con gran insuficiencia; una historia que ha recibido el destierro de la imprecisión y la tergiversación, el paternalismo, el folclorismo y la más humillante ridiculidad.

De esta forma, el filme de Paul Leduc sin aspirar al ensayo político, ni siquiera a la lección de historia, sitúa en un justo y respetuoso lugar el tema de la primera —en el siglo— revolución anticolonialista y anticolonialista, fiel continuadora de las gestas independentistas en América Latina. Las causas de su fracaso se asoman en el filme como rostros disímiles a un espejo: atomización de la fuerza revolucionaria, división interna, ausencia de una vanguardia política organizada como apoyatura para la acción entre los líderes y las masas, la existencia de programas por la reivindicación y la conquista de intereses populares sin la correspondiente fundamentación en una sólida teoría revolucionaria. El hilo conductor de todos estos hechos es la presencia de John Reed. Todo cuanto acontece está regido, matizado, por la mirada, al principio, imparcial y contemplativa, del joven periodista norteamericano. De ahí el estilo del filme que reconstruye desde la ficción, pero con la atmósfera del documental, estos episodios. La filmación se hizo en 16 mm., en blanco y negro, y las copias fueron impresas en material a color y viradas al sepia. La realización fotográfica ha sido muy importante en los objetivos del estilo. La cámara se mueve en encuadres descuidados, con ciertos momentos de brillantes y desenfocados para lograr una factura aproximada a la del documental de la época. En general, el nivel de actuación es alto, destacándose la caracterización de Pancho Villa, realizada por Eraclio Cepeda.

El tema del filme alude solamente a algunos episodios de la novela homónima de Reed; concretándose al momento del cruce de la frontera, su incorporación a las tropas rebeldes y la marcha junto a Pancho Villa sobre Gómez Palacio, ciudad situada en el estado de Chihuahua, al norte de México. A través del contacto directo con aquella realidad el periodista va haciendo una toma de conciencia. Su postura inicial de testigo distante e imparcial comienza a variar a partir de un cuestionamiento de su compromiso con todo lo que acontece a su alrededor: "son muchas cosas para ser sólo periodista...", declara en algún momento. Este proceso de concientización culmina en un final simbólico con relación al futuro histórico de Reed: violentación de la propiedad privada y ruptura con la burguesía que inevitablemente lo introducirán en la acción revolucionaria.

Con posterioridad a estos hechos de la Revolución Mexicana, durante los días de octubre de 1917 en la Casa del Pueblo de San Petersburgo, se reunían millares de obreros para jurar su fidelidad, con sangre si fuese preciso, a la causa de los desposeídos: "A mi alrededor, la gente parecía caer en éxtasis. Tuve la impresión de que aquella multitud iba a ento-

contables seguían en alto. La multitud asentía. La multitud juraba... Y eso mismo ocurría en todo Petrogrado. Por todas partes se llevaban a cabo los últimos preparativos; en todas partes se hacían los mismos juramentos. Millares, decenas de millares, centenas de millares de hombres. Aque-

mundo; el fundador del Partido Comunista Norteamericano, el amigo de Lenin; el intelectual, el revolucionario, al que siete años más tarde, durante sus funerales, se le rendirían honores en el primer Estado obrero del mundo y sus restos serían enterrados junto a las Murallas del Kremlin.